

EL HUMANISMO EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

(Por Raquel Sánchez García, profesora de Historia Contemporánea)

No es la primera vez que el ser humano camina a la búsqueda de un lugar en el que redefinirse ante la pujanza de otras fuerzas poderosas que compiten con él a la hora de diseñar su interpretación del mundo. En el renacimiento nació el humanismo como una vuelta a los clásicos para encontrar en sus fuentes literarias, filosóficas y artísticas valores que oponer a los que la omnipresencia de la explicación teológica había impuesto, convirtiendo al individuo en un ser tan reducido que apenas le quedaba espacio para la manifestación de sus potencialidades. Más adelante, en el siglo XIX, entre el arrastre de las ciencias positivas y el creciente desarrollo económico, el hombre vuelve a quedar subsumido en una descripción del mundo ofrecida en este caso por la ciencia, según la cual los valores humanos permanecen marginados ante la fuerza de lo biológico. El siglo XX ha continuado esta tónica, pues en la actualidad la ciencia y la técnica proporcionan una buena parte de las respuestas a las grandes preguntas. Evidentemente, resulta innegable la presencia de lo biológico en el hombre, sin embargo, a menudo vemos cómo se prescinde de las peculiaridades de cada individuo para cosificar al ser humano y convertirlo en un número más de la sociedad de masas. En el mundo contemporáneo los hombres y las mujeres nos vemos diluidos de nuevo ante la definición que el economicismo ha hecho de nosotros. La consideración del ser humano como recurso económico, ya sea en su faceta de productor, ya sea en su faceta de consumidor, reduce las potencialidades del hombre a una sola. La capacidad de esta presión economicista es de gran calibre pues, ante la urgente necesidad de ubicarse en la visión del mundo que se nos ofrece (la dualidad ganadores-perdedores), se fomenta en el ser humano el egoísmo y la ausencia de compromiso.

El rescate del carácter multifacético del ser humano puede aliviar un tanto la tensión en la que vive el individuo en la sociedad actual. Uno de los mejores ámbitos para este desarrollo integral del hombre es, desde luego, una educación volcada no sólo al logro del trabajo más rentable económicamente hablando, sino a la formación de seres humanos sólidos, que no se quiebren ante los desafíos de la vida y que no necesiten de elementos exteriores (objetos o sustancias) para mantenerse a flote.

DEL HOMBRE ALTERADO O DEL OLVIDO DE LO HUMANO

(Por Ismael Martínez Liébana, Profesor Titular de Filosofía)

¿Qué es el hombre?: he ahí uno de los interrogantes más acuciantes que la razón humana se ha planteado desde siempre. La búsqueda de una respuesta a tal pregunta ha ocupado a filósofos de todas las épocas y latitudes. Kant, por ejemplo, resumía en esa suprema cuestión todas las inquisiciones que se le plantean a la razón teórica y a la razón práctica. “Ser racional”, “animal político”, “cosa pensante”, “ser técnico”, “ser hablante”... son algunas de las definiciones más conocidas que estos filósofos han dado de este ente singular y único en el Universo.

Nosotros quisiéramos aquí centrar nuestra atención de forma sumaria en la caracterización que del hombre hace Ortega. En diversos pasajes de sus obras y con finalidades también diversas, el metafísico español describe al hombre como al animal capaz de ensimismamiento al que, por esencia, le es dado liberarse de la atadura de lo otro, del reclamo que permanente y urgentemente ejerce sobre él el exterior circundante. Según esto, el hombre, a diferencia del resto de especies zoológicas, encuentra su ser más propio y auténtico, no en la relación extravertida y sin fundamento con lo otro, no en la incesante llamada del aquí y ahora, sino en el vivir creativamente la propia intimidad en conjunción armónica con otras intimidades. “El hombre exterior” no es genuinamente el *hombre*, es el ente alterado, volcado a lo otro y, en esa medida, el *hombre animalizado*, esclavo de la incesante influencia sobre él de los estímulos del entorno.

El *noli foras ire* agustiniano es ya, en este sentido, una propuesta de humanización del hombre, tendente a hacer de él un ser por completo diferente al simple animal o al mero objeto. Ese imperativo del siglo V tiene hoy plena vigencia y actualidad. Nuestro tiempo, en efecto, es claramente tiempo de alienación y exteriorización del hombre, tiempo del ocultamiento y olvido de lo humano, a lo que manifiestamente contribuyen los medios de comunicación social, el pragmatismo, el economicismo y el consumismo exacerbados. Parece que al sistema político le interesa sobremanera esa alteración y exterioridad del hombre, esa disolución de lo humano en lo animal, dado que así el hombre es más fácilmente dirigible y manipulable. Y es el caso que esta tendencia *alienante* y *alterante* la observamos también con verdadera preocupación en el sistema educativo imperante y en los diferentes planes de estudio, en los que subyace con toda claridad un ideal de *hombre exterior*, desprovisto de toda capacidad de *ensimismamiento*.

Así las cosas, la recuperación y la salvación de lo humano (y, por tanto, del verdadero ideal de Humanidad) pasa abiertamente por la vuelta al “hombre interior”, por el reingreso en las dimensiones genuina y auténticamente humanas, donde el valor y la esencia íntima de lo humano pueden brillar con perdurable fulgor. Ese retorno a la morada propia e inalienable del hombre constituye, a nuestro juicio, la condición de posibilidad indispensable del auténtico humanismo.

¿HEMOS APRENDIDO ALGO?

(Por Juan G. Etxeberria, Profesor Asociado de Filología Inglesa)

¿Qué queda del Humanismo en nuestra cotidianidad e imaginación? Del inicio de la modernidad que extiende hasta el límite lo humano, ¿ha sobrevivido algo en esta posmodernidad nuestra? El *Quattrocento* ni crea ni destruye, pero transforma la concepción de la realidad. Nada vuelve a ser lo mismo tras el culto al mundo clásico y a sus lenguas como modelos; tras ver en la belleza no sólo la admiración de las formas perfectas, sino el equilibrio ideal entre razón y pasión, norma del comportamiento humano, armonía entre acción y pensamiento, y la medida de todas las cosas; y, desde luego, nada vuelve a ser igual tras el redescubrimiento de la naturaleza y de la historia desde parámetros libres de prejuicios teológicos que formarán la base de la mejor pedagogía.

Aparentemente alejada de esas esferas culturales, pero causa y consecuencia de las novedades humanistas, la evolución económica hacia una forma de precapitalismo que supera las barreras espacio-temporales posibilita la renovación cultural europea. La racionalización de todas las fases de las actividades económicas, marcada por el predominio de la libre circulación dineraria y por el abandono de todo misticismo en favor del afán de lucro, favoreció el nacimiento de la empresa y el auge del mercantilismo. Gracias a ellos, Europa llega al lujo, elemento indispensable para entender la cultura renacentista y apreciar su modernidad.

Los nuevos brillos y luces muestran al hombre en todo su esplendor y su miseria. Del Humanismo, lo más humano es la contradicción. Explicación para entender las cortes, *nido di tradimenti* para Petrarca, como cuna de los mecenas más recordados, y cómo de los estrechos límites de las cortes nacen los espíritus más cosmopolitas; de la misma manera, del culto al griego y al latín surgen eternos versos en lenguas modernas, y de la copia se crean bellos originales; desde la laicización de la cultura se construyen los más espirituales templos; y, cómo, finalmente, de las obras más antiguas se sacan las lecciones de vida más modernas. Se explota al máximo la suma oximorónica de materia y espíritu que conforma la naturaleza humana.

Cuando el 8 de abril de 1492 Lorenzo el Magnífico muere, termina un viaje iniciado por su abuelo, Cosimo de Medicis, al convertir Florencia en la capital del mundo humanista, centro del equilibrio y monumento a la inseguridad existencial. Los escasos cien años que les separan demuestran la relatividad de un tiempo que más que nunca perteneció al hombre, y confirman que, *cosa ferma non è sotto la luna*, según Pico della Mirandola. Ninguna de sus dudas queda ya en nuestro siglo XXI que busca cobardes seguridades y falsas certezas. Desgraciadamente, para rescatar alguna enseñanza de esa época hay que interpretar el *Humani nihil a me alienum puto* como lema del feroz mercantilismo global que ha acabado con la *dilettante* curiosidad humanista.

EL HUMANISMO EN ALEMANIA

(Por Gonzalo Tamames González, Profesor Asociado de Filología Alemana)

Quizás sorprenda saber que la vía de penetración del Humanismo en Alemania es la corte de Praga. Alrededor de 1400, la cancillería imperial adopta el latín como lengua propia de la administración, por encima del alemán, lo que ya sucedía en los ámbitos de la Iglesia y de la ciencia. Existe un frecuente intercambio de correspondencia oficial entre Italia y Alemania e incluso el propio Petrarca se había entrevistado con el emperador Carlos VI en varias ocasiones. Se consideraba el alemán inferior al latín y los alemanes gozaban al poder competir en una lengua de cultura con países más avanzados en los que la herencia de la Edad Media no era tan significativa. También bajo la directa influencia del pensamiento de Petrarca se dio en Alemania un definitivo impulso al conocimiento de la antigüedad clásica y al concepto ciceroniano de la *humanitas*, el desarrollo del hombre mediante la formación y la educación, responsable frente a la comunidad y dentro de una cultura gozosa, abierta a la vida, favorecedora de las fuerzas del individuo y proyectada hacia la realidad mundana. Rápidamente, las recién creadas universidades (Praga-1348, Viena-1365 o Heidelberg-1385) se dedicaron al estudio de los escritores griegos y latinos (*humanitatis studia*) y a implantar un nuevo pensamiento científico, apartado de los dogmas eclesiásticos, en el que el ser humano evoluciona apoyándose progresivamente en la razón y en la experiencia. Digna de mención es la labor de los traductores (Niklas von Wyle, por ejemplo), quienes dieron a conocer la visión humanista del mundo y sentaron las bases del moderno alemán escrito, visible ya en la posterior traducción que Lutero hace de la Biblia. La primera obra de carácter renacentista en Alemania es *Der Ackermann aus Böhmen* (El labrador de Bohemia), escrita hacia 1400 por Johannes von Tepl. Se trata de un relato típicamente medieval en el que el campesino dialoga con la muerte y le reprocha que le haya robado a su mujer. Lo novedoso es que el labrador defiende la supremacía de la vida y su disfrute frente a la conciencia anterior que la anulaba por pasajera y vacía. Y comienza así una abundante producción literaria y erudita que va a tener a Erasmo de Róterdam y a Ulrich von Hutten como sus mejores representantes. El primero, el humanista más destacado antes de la Reforma, desempeña desde la universidad de Basilea un papel fundamental en la renovación de la cultura europea, intentando armonizar el saber de la antigüedad con el pensamiento cristiano. El segundo, más apasionado, luchó por cambiar radicalmente la vida alemana, atacando a la Iglesia católica y acercándose a las tesis de Lutero. Y es precisamente la Reforma el principal obstáculo para un mayor desarrollo del Humanismo en Alemania pues casi todos los intelectuales alemanes pusieron su trabajo al servicio de la defensa, justificación y difusión de la misma.

